

## ECOS DE PARÍS

**U**NO de los acontecimientos literarios que más han interesado a la opinión francesa es, sin duda alguna, la elección de Courteline para la Academia de los Goncourt. Producida la vacante que ha venido a llenar el autor de «Boubouroche», muchas conjeturas se hicieron sobre el posible sucesor del sillón vacío. Había dos corrientes bien distintas. Mientras en la primera se pronunciaban con frecuencia los nombres de escritores consagrados, como Beaubourg, Lacour, Guiches, en la segunda el designado era el novísimo Duhamel, cuya obra revolucionaria cuenta cada día con más admiradores.

Los interiorizados dicen que cuando se habló de Courteline, las opiniones se unificaron inmediatamente. Nadie como este novelista placentero y picante, contaba para ingresar a la corporación de los diez con más justos títulos.

La votación fué interesante: Courteline obtuvo ocho votos; René Benjamín obtuvo uno. El que votó por M. Benjamín, según se ha sabido después, fué Leon Daudet.

Courteline entra a la corporación literaria más importante de Francia cuando una carrera de más de treinta años ha asentado con caracteres definitivos su renombre. Sus obras, llenas de picardía, de ironía, de sarcasmo, han corrido en múltiples ediciones y se han traducido a todos los idiomas europeos. Los personajes de sus novelas y cuentos son el oficinista que todos conocemos, el pequeño burgués, el funcionario metódico y estólido que alguna vez nos ha tiranizado...

La acogida que los diarios y los periódicos literarios han prestado a Courteline con motivo de su designación ha sido unánimemente favorable.

• • •

La multiplicación de las salas de lectura en las bibliotecas y en las instituciones sociales, ¿perjudica al comercio editorial y significa una amenaza para los editores y libreros y, por ende, para los autores?

Tal es la interrogación fundamental de una encuesta que en una revista profesional, «Bulletin des librairies», ha iniciado M. Paul Garcin. He aquí las preguntas que M. Garcin ha redactado:

«1.º Desde hace algunos años el número de salas de lectura ha aumentado en grandes proporciones y el público ha adquirido, cada vez más, el hábito de prestar los libros. ¿Es justo y razonable que los escritores se vean privados en esta forma de los derechos de autor que son legítimos?

«2.º Las salas de lectura ¿suscitan nuevos lectores y nuevos compradores o, por lo contrario, tienden a disminuir siempre el número de compradores de libros? ¿Cuál es su opinión?»

Aun no se conocen las respuestas que ha provocado la interesante cuestión planteada por M. Garcin. Es indudable que hay en este asunto un problema que interesa vivamente a los editores, a los libreros y a los autores.

En nuestra opinión, M. Garcin ha insinuado en la segunda de sus interrogaciones el aspecto tal vez más importante del asunto. Las salas de lectura, por lo general, significan un incremento de la curiosidad literaria de sus concurrentes, lo que se traduce en una mayor venta de los libros. ¿Cómo robustecer en este sentido y no en otro la acción de las salas? Tal es el punto candente de la cuestión.

• • •

Es bien sabido que los premios literarios no contentan a todo el mundo. No sólo quedan descontentos los autores no laureados o los que obtuvieron una recompensa inferior a la que

creían merecer. También la crítica hace de los concursos, y más particularmente de los jurados de los mismos, una disección impiadosa en cada una de estas oportunidades. ¿Toda la crítica?

No toda la crítica, es claro, salvo ocasiones excepcionales. Una de estas ocasiones es la que se presenta actualmente. Hace poco la Academia Goncourt otorgó el premio que anualmente discierne a los libros publicados en el período anterior. Este año el autor laureado fué M. Henri Deberly, por su «Supplice de Pèhdre», libro adocenado que cuando salió no obtuvo los sufragios más entusiastas de la crítica independiente.

Y ahora, premiado ya M. Deberly, la crítica, con una rara unanimidad, ha fallado contra los Diez. Se dice, por ejemplo, que el libro de Deberly no tiene esa «originalidad fresca y atractiva para la cual ha sido creado el premio Goncourt». Se recuerda que hace algunos años las decisiones de la Academia atraían sobre el autor premiado y su obra anterior y futura un interés y un entusiasmo considerables. Hoy no. M. Deberly no goza de popularidad y el premio Goncourt no parece que se la va a dar tampoco.

Seguramente ha sido una decisión errada de la Academia Goncourt. ¿Pero hay alguna corporación de esta clase que no yerre?

\* \* \*

Si a usted, lector, se le dice que últimamente ha habido un escándalo literario en París, ¿en quién piensa? En André Gide, ¿no es verdad? Pues bien, el último escándalo literario de París ha sido producido por M. André Gide.

Empresario de todos los sucesos culminantes, personalidad en la cual confluyen diversas culturas y, por lo tanto, diversos espíritus literarios, André Gide no puede vivir sino rodeado de esta atmósfera tensa que recibe cada una de sus cuchufletas y de sus exageraciones con una sonrisa y un aplauso.

Hace poco, el maestro llamó la atención universal con una obra que había escrito muchos años antes, pero que había edi-

tado en un corto número de ejemplares. La reedición pública de «Corydon» fué, en efecto, la piedra que se arroja en un estanque de aguas dormidas. ¡Qué explosiones, que locura! Mientras unos lo denostaban violentamente, los otros montaban guardia en torno al maestro.

Después insistió en la misma nota, bajo una forma diversa, con su obra «Si le grain ne meurt», especie de confesiones a lo Rousseau, con una diferencia: que Gide defiende con más desenvoltura, más directamente, sus pecados o sus... costumbres.

Y ahora último acaba de lanzar, a la circulación privada solamente, una profesión de fe cristiana, bajo la forma de un pequeño librito titulado «Numquid et tu?» ¿Por qué este trabajo de Gide tiene la virtud de ser más escandaloso o, por lo menos, tan escandaloso como los otros?

Esperemos que el mismo Gide nos lo explique, si no en una forma propiamente explicativa, al menos dando a las prensas una edición libre de su confesión íntima.

✓ ESPECTADOR.